

Discurso pronunciado por Lisandro Allende en el acto de graduación del turno mañana de la promoción 1981.

Noviembre de 1981.

Sr. Rector de la Universidad, Sr. Vicerrector a cargo del Rectorado, Sr. Vicerrector, autoridades, Sres. Profesores, Sres. Padres, condiscípulos:

En estos días de noviembre una promoción deja el Colegio.

Quizá en la eterna cadena de la educación no sea más que un simple eslabón. Pero seguramente para cada uno de nosotros esto significa algo trascendente. Significa seis años de conocimientos, de instrucción, de relaciones. Son seis años de nuestras vidas los que hemos pasado aquí, en este Colegio; seis años de ilusiones, esperanzas, a veces amarguras... Seis años de Juventud.

Mañana saldremos tras nuestros objetivos demostrando ser útiles, como que lo somos, y sin caer en el derrotismo de algunas generaciones anteriores. En la nuestra no caben los escépticos pero necesitamos la oportunidad para poder colaborar desde nuestras respectivas ocupaciones. Podemos decir con orgullo que egresamos del Nacional Buenos Aires y como tales, no queremos ni debemos quedarnos de brazos cruzados. Hace 90 años otro grupo de jóvenes (muchos de ellos estudiantes de este Colegio), daba el empujón necesario a la República. Mañana saldremos al mundo, ávidos de mejoras y con una única herramienta: nuestra formación.

Hoy, que tenemos como marco a nuestros padres, y como otra gran familia al Colegio que nos despide y a la Universidad que nos abraza, sentimos que en un mismo acto van puestas las esperanzas a no muy largo plazo. No vamos a defraudarlos.

Este pensamiento y otros innumerables, no muy claros por cierto, se cruzan en estos días, en estos momentos, por nuestras mentes, teñidos de las características notas de tensión, nerviosismo, duda y emoción. Estamos cargados de sentimientos confusos. Basta con mirarnos a la cara para notarlo.

No es ninguna novedad que las despedidas son tristes y, aunque haya quien lo niegue, a todos nos cuesta desprendernos. Quizá alguna vez volvamos a estas aulas para educar y entonces sentiremos que el primer día de clase vuelve a vivir en nosotros..

Cuando este recinto quede vacío nos sobrevivirán los invisibles lazos que nos atan para siempre a estas paredes históricas, y en el aire se sentirá plenamente el respeto, la estima y la gratitud que ellas nos inspiran.

Creo que para rubricar ésta, nuestra despedida, no hacen falta oraciones rebuscadas porque caerían fácilmente en lugares comunes y repeticiones innecesarias; en cambio, con sólo cuatro palabras se puede expresar el sentimiento común a todos estos bachilleres: **HASTA SIEMPRE, VIEJO COLEGIO.**

Lisandro A. Allende
6º año; 3ª. Div.